



ECOS DE LA PALABRA

Por Javier Castillo, sj

Vivir muriendo... morir amando... amar sirviendo

Reflexiones sobre el Evangelio de Marcos 14, 12-16.22-26 (Fiesta del Cuerpo y la Sangre de Cristo del Ciclo B – 3 de junio de 2018)



Permitidme iniciar esta reflexión compartiendo con vosotros un episodio significativo de mi vida espiritual: un día como hoy de 1998, estando de retiro espiritual con la comunidad del juniorado de Colombia, la meditación de la Palabra de Dios me ayudó a ponerle palabras a cuanto creo y siento acerca de la Eucaristía, sentimientos y creencias que siguen siendo un referente para mi vida

espiritual hasta hoy: la Eucaristía, meditaba en aquél retiro, además de llenar de sentido mi vida, de ser el alimento que sostiene mi existencia y de ser el lugar donde confluyen mis anhelos e ilusiones, mis fragilidades y mis incoherencias, me llama a tratar de tener un **estilo de vida** y un **modo de proceder** que se corresponda más con el de Jesús de Nazaret. Al finalizar la oración de aquél día, le pedía al Señor que cuando muriera este fuera mi epitafio como síntesis de lo que siento que es un estilo de vida marcado por la centralidad de la Eucaristía: “Aquí yace un hombre que quiso **vivir muriendo, morir amando y amar sirviendo**”.

Los antecedentes de la meditación que os he compartido se encuentran en los estudios de cristología en los que tratamos, a partir de los evangelios y otros testimonios, de elaborar un perfil de Jesús que nos ayude a conocerle, amarle, seguirle e implicarnos en su causa. La persona de Jesús es tan maravillosa y tan inabarcable que, seguramente, todos y cada uno de nosotros tiene grabada en su corazón una imagen del Señor. Para mí esa imagen es la que nos revela la Eucaristía, en ella se nos muestra su corazón, su forma de acoger, su fidelidad al Padre, su amor incondicional a la humanidad, su generosidad, etc. Siguiendo el epitafio quisiera subrayar tres características del estilo de Jesús que nos revela la Eucaristía.

Vivir muriendo... La Eucaristía nos habla de una vida entregada en favor de la humanidad y de la creación entera. La entrega de Jesús hasta la muerte no es el fruto de un complot político o de la rivalidad y los celos que ensombrecieron los corazones de los líderes religiosos, es la consecuencia de la coherencia de toda su vida y de la implicación con la misión de dar la vida en rescate por muchos. Su compromiso, su libertad interior, su radicalidad en favor de los últimos y del protagonismo del ser humano por encima de la ley que defendían los Escribas y los Fariseos le hizo ser una

persona “incómoda” porque era capaz de cuestionar las prácticas caducas y de ofrecer alternativas liberadoras para todos. Su compromiso se concreta en su entrega libre y generosa como el mismo lo afirma: “Nadie me quita la vida, yo la doy voluntariamente” Juan 10,17.

Cuando en la Eucaristía decimos: “Tomad, esto es mi cuerpo entregado... Tomad esta es mi sangre derramada por todos... Haced esto en conmemoración mía” ¿No estamos recibiendo una invitación a prolongar con nuestra vida la entrega de Jesús?

Morir amando... Morir por morir no tiene nada de especial, es el final lógico de nuestra condición humana. Morir por amor, haciendo que la vida entregada se convierta en semilla de vida para los demás sí que tiene un hondo sentido. Eso fue lo que hizo Jesús por nosotros: dio su vida por el amor incondicional que nos tiene y porque sigue apostando por un nuevo modelo de sociedad donde, a partir de la recuperación de la primacía del ser humano, se puedan reconstruir los cauces de la convivencia en un ambiente de justicia, verdad, paz, amor y perdón. Las palabras de Jesús no necesitan comentario: "Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por los amigos" Juan 15,13.

¿No os parece que toda la Eucaristía, desde el saludo inicial hasta el envío final, es un gran memorial del amor de Dios por la humanidad y una llamada a hacer del amor a los demás nuestra señal más clara de identidad?

Amar sirviendo... El amor se hace vida y es creíble cuando se traduce en actitudes de servicio a los demás, cuando somos capaces de aparcarnos privilegios y comodidades para agacharnos a lavar los pies de los hermanos, cuando permitimos que el dolor de los últimos nos conmueva las entrañas y haga que entreguemos lo mejor de nosotros para generar condiciones de vida digna para todos. El amor, dice San Ignacio, ha de ponerse más en las obras que en las palabras.

Hoy día esta actitud de servicio se vuelca en rostros y situaciones concretas: estamos llamados a servir a los que sufren las consecuencias de un sistema económico que margina a cientos de personas. Llamados a ser servidores de la reconciliación y de la paz en tantos pueblos que no encuentran vías diáfanas para construir un orden social justo y participativo. Llamados a ser servidores de la acogida y la ternura de Dios para todas y todos...

¿No os parece que la Eucaristía, como la mesa de la inclusión que es, no es el motor que dinamiza las comunidades cristianas para ser agentes de transformación desde la opción por el servicio a los demás?

Celebremos la Eucaristía y vivamos lo que celebramos. No se trata de oír o decir misa sino de hacer de este encuentro la fuente, el centro y el culmen de nuestra vida.